

El patrimonio, la construcción de las naciones y las políticas de exclusión. Diálogo sobre la noción de patrimonio

Patrimony, construction of nations and policies of exclusion.
Dialogues about the notion of patrimony

Eduardo Kingman¹ y Llorenç Prats²

En la actualidad, existen un conjunto de temas que sólo son discutidos de manera tangencial tanto por la academia como por las instituciones de gestión urbana. Uno de ellos es el patrimonio, en tanto construcción social cargada de significado a partir de la historia y contextos en los que se activa. Por estas razones, se propició una conversación entre dos intelectuales de reconocida trayectoria, provenientes de diferentes regiones, con el fin de generar un intercambio comparativo no sólo sobre los procesos en torno al patrimonio que se vienen dando en lugares como Barcelona o Quito, sino sobre las perspectivas analíticas y las posibilidades en torno a la gestión del patrimonio.

Eduardo Kingman (EK): Conozco tus estudios sobre patrimonio. Mi punto de partida es, en cambio, una relación muy estrecha entre investigación histórica e investigación antropológica

¹ Antropólogo e historiador especializado en temas urbanos. Profesor-Investigador. Programa de Antropología. FLACSO-Sede Ecuador. ekingman@flacso.org.ec

² Antropólogo especializado en patrimonio cultural y turismo. Profesor Titular de Antropología Social de la Universidad de Barcelona. llprats@ub.edu

que me ha llevado a discutir nociones como la de patrimonio: tratar de entender su gravitación entre el presente y el pasado en el contexto de los Andes. En realidad no me considero un especialista en el tema, pero en mi trabajo he encontrado constantemente el patrimonio como forma de representación y como concepto que marca algunos de los juegos de poder desde el siglo XIX, aunque no bajo esa denominación sino bajo otras emparentadas con ella, como la de ornato. El ornato como forma de distinción y separación, como criterio estético y al mismo tiempo clasificatorio. No sé si en tu propia indagación de archivo encontraste indicios de valoración patrimonial de determinados espacios en desmedro de otros, considerados por los publicistas y los higienistas del siglo XIX poco estéticos, sucios y peligrosos.

Llorenç Prats (LP): Los hay, por supuesto (piensa en la Barcelona de Cerdà), pero no tanto desde un punto de vista patrimonial. El patrimonio es otra cosa. En Europa, por lo menos, el tema del patrimonio se vincula directamente con la construcción romántica de la nación y con autores, intelectuales y políticos que están implicados en la legitimación de un proyecto identitario más o menos amplio (desde la nación al imperio), a través de la búsqueda de raíces históricas, de valorizar ciertos aspectos que antes no habían tenido ningún interés más que el funcional.



EK: Las huellas de este proceso se podrían situar en el siglo XVIII, incluso en el XVII con la constitución de los Estados...

LP: Sí, y culminan con las revoluciones burguesas del siglo XIX. Es a partir de entonces que el patrimonio se convierte en una especie de “religión laica”, que sirve para legitimar esas nuevas identidades y proyectos políticos. De hecho, se pasa de una sociedad autoritaria, propia del antiguo régimen, donde la religión es en principio quien legitima el poder, a otra en donde las nuevas clases sociales dominantes emergentes, la burguesía, no pueden apelar a esa legitimación a través del antiguo orden, del mandato divino y necesitan de la ciencia, por una parte para el desarrollo de la nueva economía industrial que les sostiene, pero por otra para que sustituya a la religión como referente de autoridad última y, en consecuencia, para la recreación de una identidad. Y ahí es donde el patrimonio se constituye como una especie de religión laica en relación a los símbolos patrióticos y a la patria en general, que van a gestionar las élites burguesas.

EK: En América Latina hay una relación entre el desarrollo de ideas ilustradas con respecto al manejo de la ciudad, ya desde la época de los borbones y la magnificación de ciertos hitos, en la línea del embellecimiento urbano. Con el nacimiento de las naciones, los espacios son puestos en función del ornato, los ceremoniales patrios y la reinención de una memoria patria, pero no siempre se puede hablar de secularización, en sentido estricto. Tampoco la producción de símbolos está relacionada sólo con el pasado -ya que es justamente el pasado colonial lo que se debe superar simbólicamente- y se orienta a la construcción de un futuro deseado orientado por las ideas del progreso y de construcción de una “Europa americana”. Si nos fijamos en la arquitectura del siglo XIX podemos observar el interés, no necesariamente conciente, de relacionar lo nuevo con lo antiguo, con lo clásico, con la noción de antigüedad, como equivalente de alta cultura o cultura aristocrática.

LP: Sin duda hay que contextualizar los usos del patrimonio, hay particularidades distintas en Europa y en América que no permiten establecer isomorfismos mecánicos, en eso como en tantas cosas...

EK: Ni en los distintos tiempos. Los usos del patrimonio como los de la memoria se modifican en cada momento y en cada lugar de acuerdo a intereses sociales en juego. En el caso de una ciudad como Quito, los primeros inventarios patrimoniales comienzan a desarrollarse entre los años treinta y cincuenta del siglo pasado y están interesados, sobre todo, en la preservación de los monumentos religiosos. Esto se produce en un momento de crisis del sistema latifundista. Hay un debilitamiento de la economía terrateniente y sus sistemas de poder y al mismo tiempo una búsqueda del catolicismo y del hispanismo como ideología. Los inventarios ayudan a construir un imaginario de ciudad hispana y señorial. Podríamos decir, entonces, que el patrimonio no se relaciona siempre con la secularización. El caso de Guayaquil, fue en ese sentido, distinto. Su ornamentación estuvo relacionada con la idea de “ciudad patricia” en oposición a la “ciudad plebeya” y con valores burgueses, más bien seculares.

LP: No, el patrimonio no se relaciona necesariamente con la secularización, de hecho muchos de sus referentes más importantes son de origen religioso, en todas partes. El patrimonio recurre a la “ciencia como religión” por así decirlo para dotar a los nuevos proyectos hegemónicos de una nueva “mitología”. Ahora bien, patrimonialmente hablando, los referentes religiosos adquieren su fuerza del pasado y del arte, no de su carácter religioso (por lo menos sobre el papel esto se puede distinguir claramente, y en la práctica también, piensa en el turismo cultural). Otra cosa es que el patrimonio no agota todos los discursos, ni todos los discursos-en-acción, incluso los más pronunciadamente simbólicos.

EK: Existen estudios sobre Lima, Quito, La

Paz, México que muestran cómo los antiguos espacios de uso público, fundamentalmente las plazas de mercado, que tenían una fuerte presencia indígena, comenzaron a ser ajardinados y ordenados a lo largo del siglo XIX, en función de nuevos usos. Se produce una estatuaria relacionada con la idea de nación, pero sobre todo se intenta modificar el sentido de lo público. Eso no impide que los sectores populares urbanos y particularmente los indígenas, busquen otros espacios, pero han sido alejados del Centro, de los espacios significativos de éste. Me parece que es una larga disputa que se inicia de manera temprana, en el siglo XIX e incluso antes y aún no termina.

LP: Ciertamente, casi podríamos trazar una línea entre opuestos: de la ruina a la gentrificación. En todo el viejo continente, y yo pienso que por todas partes, hasta que se implanta esa ideología patrimonialista de la que hemos venido hablando. Las ruinas, por ejemplo, son un estorbo, que, en todo caso, sirven para obtener materiales de construcción para las nuevas viviendas o para adosarles (el caso de las murallas) nuevos edificios por motivos de ahorro y firmeza en la construcción, templos y castillos se convierten en cuarteles, los viejos cuadros de grandes pintores son sustituidos por nuevos cuadros al gusto del tiempo, etc. Es una visión utilitarista de lo que ahora llamamos patrimonio. La ideología patrimonialista implica un giro copernicano y no pienso que eso esté reñido en absoluto con los intereses del progreso. En el caso de Cataluña, o de otras zonas de Europa, todas aquellas en que se produce la Revolución Industrial, se tienen que reforzar nuevas identidades y nuevas hegemonías en los símbolos del pasado y de la grandeza de la patria, pero en ellos se define también un supuesto carácter nacional, que, además de respetuoso y patriótico, debe ser emprendedor.

EK: Eso tuvo expresiones en la propia literatura...

LP: Muchas. En Cataluña todo un movimiento literario-ideológico, que se conoce como “La

Renaixença” (el renacimiento, el nombre no puede ser más explícito) que pretende entroncar las glorias del pasado medieval con la de los capitanes de empresa, los fabricantes del momento. Algunos poetas comparan explícitamente a los nobles feudales con los industriales (después ennoblecidos por los servicios a la corona), ambos adalides por igual al servicio de la patria (Cataluña). La relación en esa época entre el nacionalismo catalán y el gobierno de España es curiosa. Los industriales catalanes necesitan el mercado español. A finales del siglo XIX presentan a la corte de Madrid un “memorial de agravios” donde se afirma la singularidad nacional de Cataluña para pedir, en definitiva, un trato comercial favorable y políticas proteccionistas. Por otra parte no son urbanísticamente o estéticamente conservadores, son los mecenas de arquitectos tan revolucionarios en su momento como Gaudí.

EK: Uno de los aspectos importantes de tu argumentación sería esta ligazón entre patrimonio, construcción de las naciones y modernidad. No veo contradicción entre modernidad y patrimonio, renovación urbana y patrimonio. Por un lado, una tendencia a renovar todo, a cambiar la imagen de las ciudades y por otro, una tendencia a producir lugares patrimoniales, lugares de la nostalgia o lugares identitarios, muchas veces ficticios. En América Latina algunos elementos patrimoniales -los menos masivos, ligados a la idea de alta cultura- han respondido a requerimientos de diferenciación social e incluso de distinción.

El problema del ajardinamiento de las plazas, al que hice referencia, es un asunto que tiene que ver con procesos de ruptura social y cultural muy fuertes y no sólo con criterios urbanísticos o estéticos. La sociedad colonial y la de los primeros años de la república, pese a ser jerárquica y estamental, permitía un cruce de elementos culturales distintos, una cierta permisibilidad dentro de lo que se ha llamado barroco americano. Con la modernidad temprana se busca desarrollar elementos de distinción, elementos de separación espacial y

social al interior de las ciudades que están relacionados con políticas de gobierno de las poblaciones, pero también con el desarrollo de la patrimonialización. Generalmente esto se ubica a partir del último tercio del siglo XIX y se desarrolla a lo largo del siglo XX, al punto de que me parece que ese es un elemento que entra en juego, inclusive en las formas actuales de constitución del patrimonio.

LP: Pienso que entenderíamos mucho mejor estos procesos si se profundizara en el estudio teórico del patrimonio, cosa que se hace muy poco y que lamento. Si al fin y al cabo el patrimonio es un artificio, una construcción social, que aparece a partir de un determinado momento (como tal), en unos determinados lugares y para unos determinados fines, si vemos claramente como se constituye como una pseudo-religión que se basa en una cierta externalidad cultural (tiempo fuera del tiempo, genialidad –creativa o no- o sea excepcionalidad respecto a la definición cultural de la condición humana y naturaleza indómita, fundamentalmente) y que, a partir de aquí, se abre un mundo de complejidades de una gran riqueza y capacidad heurística, es una pena que “sólo” nos sigamos refiriendo al patrimonio, básicamente, como algo dado, que está ahí, sin adentrarnos a explorar la multitud de sendas que su visión desde fuera nos propone. Después está todo el mundo de los usos sociales del patrimonio, que es igualmente apasionante, pero lo uno no debería oscurecer lo otro, creo yo.

EK: Recuerdo que hace unos quince años, en España, uno tenía la sensación de que habían muchas zonas con valor histórico o arquitectónico no patrimonializadas, sobre todo en las pequeñas poblaciones y barrios que presentaban otro tipo de usos de los espacios, de las edificaciones. Me parece que es un proceso que, para el caso español, se ha venido acelerando recientemente. Es decir, ha entrado un factor que tendríamos que analizar que es la relación del patrimonio con la espectacularización, algo que nosotros en América Latina lo estamos viviendo con fuerza solamente en

estos últimos años y que genera niveles de conflictividad social en algunas ciudades. Si uno visita Salvador Bahía, en la zona de Pelourinho, se encuentra con un parque temático identitario, abierto hacia el turismo. Un espacio patrimonial controlado, porque si te desplazas un poco más allá de la zona ves el otro lado de la ciudad de Salvador de Bahía, con toda su riqueza y su problemática. Y lo mismo sucede en el caso de Lima. Previamente al proceso de patrimonialización tuvieron que hacer una limpieza étnica y una limpieza con todo lo que es el comercio informal. Eso ha sucedido en otros lugares, como Guayaquil en donde se ha convertido el Malecón en un espacio público vigilado. Lo que se lee muy fuerte en el caso de América Latina es la relación entre patrimonio y policía, patrimonio y renovación urbana, renta del suelo urbana y policía.

El debate que hubo en torno al Fórum de las Culturas de Barcelona fue muy interesante en eso: permitió ver la relación del patrimonio y el cambio del uso del suelo, en función de la industria del turismo que se estaba produciendo ahí. Hay que ensayar esas lecturas transversales.....

LP: Eso no se produce en España hasta después de la etapa franquista. Durante el franquismo el régimen utiliza el patrimonio, obviamente, pero con fines exclusivamente políticos y de una manera muy selectiva: todo aquello que pudiera connotar diversidad (más allá de los elementos más anodidamente folclóricos) o ideas progresistas, es ignorado, incluso negado o ocultado por el régimen. Picasso no existe prácticamente, incluso hay toda una estatuaría referida a líderes o valores de la república que se guarda en oscuros almacenes. El turismo, tan importante para el desarrollismo franquista, busca sol y playa, precios baratos y algunos tópicos tópicos, aún no hay un turismo cultural significativo. Con la muerte de Franco y la transición democrática todo va a cambiar. Cambian los discursos políticos e identitarios y reaparecen y se revalorizan muchos referentes patrimoniales, mientras desaparecen otros. En unas pocas décadas, el patrimonio va a ser

un activo turístico importante, especialmente en ciudades como Barcelona, que lideran el ranking de destinos turísticos en España. Y por el mismo motivo se van a dar casos, como los que tú mencionas de zonas más o menos degradadas, reconvertidas en parques temáticos para el turismo y la gentrificación. Es el caso del Raval (el antiguo “Barrio Chino”, tradicionalmente ocupado por la prostitución y la pequeña delincuencia). Y aún se van a dar otras utilidades económicas al patrimonio, como la recuperación de edificios emblemáticos por parte de empresas, especialmente financieras, que, bajo el paraguas políticamente correcto de la responsabilidad social corporativa, de hecho llevan a cabo importantes operaciones de promoción de su imagen. Pero, volviendo a lo que decías, el turismo es uno de los primeros sectores económicos del mundo y esa tendencia a generar espacios turísticos cómodos y seguros, a la vez que “auténticos”, pienso que es muy general.

EK: Pero, además todo eso es validado por un sentido común favorable a esos proyectos: es impresionante el grado de consenso que tienen las políticas de “segurización del centro” en muchas ciudades de América Latina, incluso cuando se afecta a la población, como sucede con la estigmatización, control indiscriminado y desplazamiento de grupos sociales. Cuando uno se acerca al funcionamiento de las ciudades, se ve las repercusiones políticas y sociales que tienen esos procesos para las poblaciones indígenas, negras y en general para poblaciones marginadas. Es interesante comprobar la relación entre las acciones municipales (sus avanzadas de conquista sobre las zonas valoradas como patrimonio) y la acción paralela de los medios en la generación de un imaginario de peligrosidad, contaminación, fealdad sobre esas zonas a ser intervenidas. Es cierto que esto no es sólo cosa del presente (paralelamente a las políticas higienistas hubieron publicistas que desarrollaron este tipo de relatos), sin embargo hay nuevas formas de actuación y de representación que son características del presente.

En esta línea, no sé en qué medida es acertado seguir utilizando de manera acrítica la noción de patrimonio al hablar de estos temas. Es decir, si el patrimonio es una construcción histórica que ha obedecido a determinados intereses y necesidades, significados, qué sentido puede tener seguir utilizando esa noción si queremos avanzar en el análisis. En este campo yo plantearía la necesidad de deconstruir, historizar, incluso politizar la propia discusión sobre patrimonio.

LP: No creo que sea un problema de términos, incluso de concepto. Por una parte, el patrimonio interviene en estos procesos y de forma poderosa, qué duda cabe. Ahí voy a reclamar una vez más la necesidad de no dar por explorado ese mundo “cavernario” y ahondar en el trabajo teórico. Ojalá. Pero también intervienen muchos otros factores que no podemos reducir a una dimensión patrimonial (aunque es mucho más amplia de lo que se supone: Barcelona, por ejemplo, desde los juegos olímpicos de 1992, ha llevado a cabo un importante discurso patrimonial, con nuevas catedrales laicas incluidas, con referencia al futuro, y no al pasado, al genio y al futuro). Sin embargo, entre lo ideal y lo material, el repertorio de intereses es muy amplio. En este punto se me plantea un segundo problema, el cual es ahora casi de gestión pública, un problema desde mi implicación social.

EK: ¿Quiénes se están disputando en Barcelona los espacios? Por ejemplo está el caso de los okupas, el caso de ciertas zonas fabriles con memoria empresarial y obrera que están en problemas de renovación...

LP: En estos momentos, el interés económico del suelo de Barcelona es muy alto. El proceso de terciarización imparable y como avanzada, los millones de turistas que vienen cada año. Pronto llegarán a diez millones y algunos empresarios turísticos sitúan el techo en veinte millones de turistas anuales. El ayuntamiento apuesta por ese modelo, aunque empiezan a manifestarse síntomas de preocupación en algunos ámbitos de la administración pública

por una carga que cada vez se acerca más a la capacidad de soporte de la ciudad, por lo menos a la que es percibida como tal por sus habitantes. En estos momentos podríamos decir que en Barcelona hay tres colectivos de población: los residentes nativos (que se pueden beneficiar del auge turístico o simplemente sufrirlo según su situación personal), los turistas (a los que hay que seguir alimentando en todos los sentidos –más suelo, más hoteles, restaurantes, tiendas, patrimonio, paseos...-) y los inmigrantes, africanos, asiáticos, latinoamericanos, de la Europa del Este –tan necesarios como indeseados y que constituyen los verdaderos bajos fondos de la ciudad y hacen de la invisibilidad su mejor estrategia. ¿Qué les interesa a los empresarios y a la administración de unos y otros colectivos? De la población local que dé color, servicios de calidad, imagen de modernidad (como en el caso de nuestra acristalada facultad en plena zona de apropiación turística) y que desocupe los edificios obsoletos destinados a la reconversión; de los turistas que tengan el mayor poder adquisitivo posible, no dejen de venir, gasten mucho y molesten lo menos posible; de los inmigrantes que se comporten “adecuadamente”, desempeñen todas las labores imprescindibles pero ingratas que rechaza la población local y que reduzcan los gastos en personal en el sector turístico y otros, mostrándose a la vez agradecidos por haber escapado a la extrema pobreza y poder vivir en una sociedad tan “tolerante” como la nuestra. No sé si con eso te contesto...

EK: Sin duda ha habido algunas propuestas ciudadanas interesantes. No se si se mantienen.

LP: En el tardofranquismo, durante bastantes años, en Barcelona y en el resto de Cataluña hubo muchos movimientos asociativos que, de hecho, eran verdaderos espacios de encuentro, de comunidades, y de oposición más o menos clandestina al régimen. En Barcelona cobraron mucha importancia los movimientos vecinales, que se convirtieron en verdaderas vanguardias ciudadanas en los últimos años del

dictador. Pero, con la transición, esta misma sociedad civil tan vigorosa pasó a integrar, sus elementos más valiosos, los gobiernos municipales y las filas de los partidos políticos parlamentarios, con lo cual el movimiento social puede decirse que se autodescabezó. Además se produjo otro problema que seguimos arrastrando. Estas personas que pasaron de la sociedad civil a los cargos políticos eran las que impulsaban todo tipo de actividades asociativas, desde fiestas populares a cine-clubs, grupos de teatro, etc. Cuando llegaron principalmente a los gobiernos locales, en una nefasta interpretación de las atribuciones de los poderes públicos democráticos, siguieron organizando, desde el gobierno municipal, las fiestas y las actividades culturales, con lo cual se fue usurpando progresivamente la participación ciudadana. En los primeros años se notó poco, pero con el tiempo, la vitalidad asociativa y autogestionada de Cataluña se convirtió en un semidesierto. Actualmente se han dado algunos movimientos puntuales de carácter reivindicativo, la mayoría curiosamente vinculados a la conservación de espacios patrimonializables, como antiguas fábricas, el caso de Can Ricart en Poble Nou (ahora Distrito 22@), pero sin resultados sustantivos ni continuidad. El movimiento okupa tiene poca relevancia en Barcelona, aunque cuando se da algún conflicto sea mediáticamente muy aparatoso, hecho que se ve reforzado por la propia ambigüedad del movimiento (como en el caso de algunos movimientos puntuales anti-sistema) que ha impedido que se generara una empatía con otros sectores de la población.

EK: Barcelona se ha convertido en modelo para muchas ciudades latinoamericanas. Es el modelo del que más se habla. Hay, en todo caso, una gran diferencia entre ese proyecto y el proceso que se da en ciudades latinoamericanas en las que las acciones sobre los espacios del patrimonio contrastan con grandes zonas de separación y de exclusión. En este momento se trata de relacionar el patrimonio con la imagen de zonas ordenadas y vigiladas, zonas donde se ha cambiado las fachadas y se han multiplicado los centros culturales y de

arte. Pero son proyectos separados de la vida o que intentan separarse de la vida, de la producción cultural de la gente. Además el problema es como al mismo tiempo se va dando un proceso de exclusión social. Es decir, realmente a veces resulta vergonzoso la cantidad de recursos que se invierten en patrimonio, cuando existen zonas que no han sido atendidas. Barrios en donde podría invertirse en mejoramiento de las viviendas de la población, sin por eso afectar las edificaciones históricas, pero lamentablemente lo que se está planeando es la expulsión de esa población.

Estamos hablando de procesos cuando menos paradójicos. Esta dinámica económica, esta dinámica de patrimonialización va acentuando la exclusión social y también hay un problema cultural. Me parece que el patrimonio es una disputa económica y también una disputa cultural. En ese sentido me parece que el patrimonio también está operando como un fuerte factor de extirpación cultural, sobre todo con relación a lo popular incluido la religiosidad popular y a veces siento una suerte de resignación ciudadana, una suerte de aceptación de que lo que se vive es un proceso que va en un sentido y que no hay mucho que hacer.

LP: Para mí, el patrimonio son las personas. No los objetos, los edificios, los lugares, etc.: sino las personas. Y más a nivel local, o de barrio, si quieres. Los objetos, edificios, lugares son soportes para cualquier tipo de discurso, incluso pueden ser cómodamente asépticos y maleables para los operadores turísticos y las administraciones, pero sin las personas no tienen sentido. Es a partir de las personas, de sus relatos, de sus memorias, de esa realidad poliédrica y mutante que crea la memoria compartida de un barrio que deberíamos activar, poner en exposición e interpretación, un determinado lugar, y con las personas. Es la única forma en que el llamado patrimonio se mantiene vivo, aun cuando hablemos de ruinas porque esas ruinas tienen significados para esas personas, que los turistas jamás conocerán. Desde un punto de vista turístico, de promoción turística de una ciudad, sin duda, es mucho mejor trabajar con centros

históricos como parques temáticos. ¿Se puede luchar contra eso? Es decir ¿se puede luchar contra los intereses del capital?. Yo pienso que hay que recuperar la participación social a todos los niveles y para eso fomentar la cultura participativa en lugar de la cultura espectáculo (pasiva). Y a partir de ahí seguir avanzando.

EK: En un sentido distinto al de Barcelona...

LP: Sí, pero bueno, la situación de Barcelona ha cambiado mucho en relativamente poco tiempo. Al margen del período de agitación sociocultural que vivió durante las últimas décadas del franquismo y de la que hablaba y después de los años revueltos pero interesantes de la transición, hubo un cierto consenso en torno a la transformación propiciada por la Barcelona olímpica, no exenta de críticas y disensos pero con un grado muy significativo de ilusión colectiva por la transformación de la ciudad, la creación de nuevos espacios, su apertura al mar. Yo diría, que en torno a la Barcelona de 1992 había incluso un cierto sentimiento de orgullo y que los primeros visitantes, mejor dicho, los primeros flujos turísticos, fueron acogidos con satisfacción. El estado de ánimo de la población era bueno porque todavía no se habían producido los problemas actuales. Lo que pasa es que el turismo es un negocio y cuando encuentra un filón lo exprime hasta las últimas consecuencias. Y las consecuencias del turismo no son sólo la mayor o menor incomodidad que pueda generar la población flotante, sino que, en primer lugar, desaparecen una serie de referentes urbanos (establecimientos comerciales, bares, incluso edificios particulares), con lo que se produce un cierto extrañamiento, una sensación de nostalgia hacia la ciudad perdida y de desapego hacia el nuevo paisaje urbano de franquicias de firmas internacionales. Y después, lo más grave, es que la inflación se dispara, en los servicios por supuesto, pero sobre todo en la vivienda y es como si hubiera caído una bomba en el centro cuyo impacto fuera desplazando en anillos sucesivos a la población hacia el extrarradio, cada vez más lejos.

EK: Es preocupante esa tendencia a convertir los espacios cotidianos en patrimonio destinado al turismo. No sólo la ciudad sino una calle, una plaza, cualquier lugar significativo es puesta en función del mercado turístico. Preocupante y a la vez ilusorio ya que la ciudad en su conjunto se ha vuelto incontrollable. Es por eso que una de las tendencias de los artistas jóvenes es devolver a los espacios sus significados de-construyendo sus usos espectaculares, proporcionando a la gente instrumentos para poder hacerlo. Me parece que son disputas por la memoria, disputas por devolver a los lugares un significado.

Creo que el espacio de una plaza, de una calle, de un bar o de un vecindario deben ser pensados, en primer lugar, como espacios de vida antes que como ornamento, o mercancía-ornamento, aunque, sin duda, el diseño y la rehabilitación de los espacios no deja de ser importante. El problema que estamos viviendo es el de conversión de los lugares cotidianos, los espacios sacros e incluso los lados oscuros de la ciudad en recursos exclusivamente turísticos. En medio de ese proceso también las memorias van siendo colonizadas. Me refiero a memorias institucionales de los barrios, memorias de los pueblos, memorias de las ciudades, desprovistas de sentido, memorias despolitizadas, vaciadas de contenido.

Pensar las culturas desde el patrimonio conduce a pensarlas como elementos estáticos, a quitarles contenido. A mí, por ejemplo, me asusta un poco la tendencia de algunos sectores progresistas en el poder de patrimonializar todo. A hacer de la razón de Estado un recurso para establecer sistemas clasificatorios alrededor de lo auténtico y lo inauténtico, lo propio y lo ajeno, lo contaminado y lo no contaminado, lo permitido y lo no permitido.

LP: Ciertamente, al margen de los intereses económicos, turísticos, existe esa especie de ultra-patrimonialización que contagia a montones de técnicos de museos y gestores del patrimonio (por no hablar ya de los políticos locales). Se crean museos, centros de interpretación y otros tipos de figuras patrimoniales por doquier. Hay que pensar antes en qué

usos se le va a dar y además, creo yo, en abrir muchas instituciones a la participación social, no en consejos consultivos sino en la práctica. No hace mucho, en una charla, proponía abrir los museos, especialmente los museos locales, de par en par a las actividades ciudadanas. Otra cosa es la conservación preventiva, que tiene implicaciones mucho menores.

EK: Yo diría que por lo menos en América Latina, se vive un doble proceso: por un lado, de invisibilización de los aspectos más potentes de las culturas subalternas; y por otra, la incorporación de esas mismas culturas, como culturas folclorizadas, como parte de un patrimonio folclórico. Muchas veces, los propios sectores subalternos asumen una noción patrimonializada de sus culturas: no sólo aceptan su esencialización sino que contribuyen a la reproducción de una imagen estereotipada de ellas.

Pero hay otro asunto y es el de las fronteras culturales. No sé si en el caso de la sociedad española la población emigrante, particularmente la andina, existe en términos culturales. Me parece que no han sido asumidos como parte de la ciudad. Sería muy rico que existieran espacios donde las memorias de distintas gentes, con diversas proveniencias, puedan dar lugar a una memoria compartida o cruzada y que sus culturas fueran reconocidas en igualdad de condiciones que las nativas.

LP: Aquí no tendríamos el equivalente de culturas indígenas que pueden tener ustedes. Está el tema de la inmigración extracomunitaria (de fuera de la Unión Europea), que te comentaba antes respecto a Barcelona y que se da también con características similares en otras ciudades de Cataluña. Este es un tema potencialmente explosivo y que puede estar muy sujeto a las coyunturas económicas. Y después tenemos el fenómeno provocado por la expulsión de población debido a los precios de la vivienda en Barcelona. Esto último ha hecho que localidades situadas a treinta o cuarenta kilómetros de Barcelona hayan visto más que duplicada su población en pocos años. Una localidad (es un caso real pero para nada

extraordinario) situada a treinta kilómetros de Barcelona ha pasado de 9.000 habitantes a principios de 1990 a 23.000 en la actualidad. En veinte años puede haber triplicado su población y, además, con personas de distinta procedencia, no relacionadas entre sí. Ante eso, muchas localidades del área metropolitana de Barcelona, en sentido amplio, no sólo se han convertido en ciudades dormitorio, sino que en ellas se han dado verdaderas políticas de exclusión y “bunkerización identitaria”, donde el patrimonio ha tenido un papel muy importante. Los nativos te siguen diciendo que viven en un pueblo y que se conocen todos porque para ellos la localidad termina en su entorno social “de toda la vida”. La integración individual es costosa, una integración no digo ya colectiva, sino “grupala” prácticamente imposible. Y el patrimonio, a veces patrimonio material pero otras muchas manifestaciones patrimoniales, se blinda y se totemiza. Esto representa una importante amenaza para la convivencia. Piensa que Barcelona, el municipio, está perdiendo población (y no la pierde más rápidamente gracias a la inmigración extracomunitaria), ya hace tiempo que bajó de los dos millones de habitantes, mientras que el área metropolitana (en sentido amplio, insisto, localidades en las que una buena parte de la población trabaja en Barcelona) supera ya los cinco millones.

EK: Tuve la oportunidad de asistir, como espectador, a una reunión de las Brigadas Internacionales en la zona del Ebro. Me llamó la atención porque era un antiguo pueblo que había sufrido los embates de la guerra (y cuyas huellas se conservaban), al que llegaron personas de muchos sitios, llevadas por la misma necesidad: la de luchar contra la desmemoria, contra el olvido. Eran antiguos combatientes antifascistas que habían compartido un hecho significativo, también personas que lo habían recibido en herencia de sus padres o de sus abuelos, así como gente del lugar y otras zonas de Cataluña. Eso convertía a ese sitio en un “lugar practicado”, un lugar de la memoria, algo distinto a lo que sucede con los espacios del espectáculo y con el patrimonio puesto en

función del espectáculo.

Yo no sé si esto podría servirnos para pensar de otro modo el tema del patrimonio: la idea de memorias compartidas pero también de memorias cruzadas. Con el movimiento de las poblaciones, a lo largo y ancho del planeta, los lugares tienden a convertirse, cada vez más, en espacios de cruce y encuentro, pero es algo que las políticas identitarias no reconocen, el patrimonio es uno de los instrumentos para esa negación. En muchas partes, no sólo de Europa sino de América Latina, las culturas han perdido su carácter local, se han convertido, o se están convirtiendo, en trans-locales, y eso debe llevarnos a pensar los espacios en términos de acogida y de convivencia, de comunicación antes que de separación, o peor aún de espectacularización. Algo de esto se está generando desde la crítica de los museos, por ejemplo el Tropical Museum de Ámsterdam, que es un antiguo museo formado con fondos coloniales. Ahora esos mismos fondos que servían para mostrar la superioridad de occidente están siendo reutilizados por los curadores del museo para discutir el colonialismo y la colonialidad como un hecho histórico y contemporáneo. Me parece que el tema de la migración, pone en cuestión las bases mismas de reflexión sobre las sociedades europeas incluido el tema de sus patrimonios. La presencia masiva de población del llamado tercer mundo ha desdibujado las bases sobre las cuales pensar las ciudades europeas y la propia historia europea.

LP: En la medida de que el patrimonio es un valor de mercado y político, lo van a seguir utilizando para efectos turísticos. El llamado “nuevo turismo” o “turismo de calidad”, que en definitiva no significa otra cosa que turismo con mayor poder adquisitivo, está exigiendo referentes de identidad, de “autenticidad” y especificidad de los lugares. Esto conlleva una “patrimonialización”, una cierta “folclorización” de los destinos que quieran atraer a ese segmento del mercado turístico, pero no me preocupa en exceso. Los destinos turísticos maduros ya saben vender su imagen sin que esto suponga una intromisión real en

su vida. Me preocupa más el turismo, aparentemente más noble, que no se conforma con el “decorado” y la “representación” que le ofrecen y pretende conocer “de verdad” la vida de sus anfitriones. Pero éste no suele ser el objetivo del turismo que nos visita, afortunadamente. Sí se da en otros lugares de América Latina, sin ir más lejos.

El tema de la memoria, de las memorias, que patrimonializan, se cruzan, dialogan, sí que es realmente un tema apasionante y una posibilidad de que, por este camino, el patrimonio se convierta en elemento de participación y cohesión social, un instrumento para pensar conjuntamente el futuro. Lamentablemente, las autoridades locales, que son las que podrían y deberían impulsarlo, no están por la labor.

EK: Aquí ha habido experiencias parecidas en el uso social del patrimonio para lograr la protección de áreas naturales o su resignificación en disputas sociales. Un ejemplo que viví muy de cerca fue el de las comunas de alrededor de la ciudad de Quito, en los años 1990. Eran comunas que se identificaban como indígenas (ya bastante mestizadas pero se auto-identificaban indígenas, por toda su historia) que comenzaba a vivir procesos de integración como barrios de la ciudad, pero claro, entendieron que si reivindicaban una vieja ley de comunas que contemplaba la posibilidad de que existan comunas urbanas, y si lograban su incorporación como áreas históricas dentro de un proyecto progresista de intervención como el del Plan Maestro, eso les daría derecho a una cierta protección frente a los avances de la ciudad y de la propia municipalidad. Entonces hay usos que hace la población de esas nociones y que son usos legítimos. Se puede hacer uso del patrimonio, se puede utilizar el patrimonio para una serie de conquistas o avances o demandas

Me parece que es legítimo incorporar esas dinámicas de luchas societarias, que son dinámicas de barrios y de comunidades, de pequeños grupos sociales. Pero al mismo tiempo creo que es fundamental avanzar en una reflexión crítica sobre la idea misma de patrimonio y esa reflexión supone un enfoque

etnográfico e histórico, así como una discusión conceptual. Es fundamental des-estructurar constantemente la concepción patrimonialista de las cosas, no sólo la relacionada con el poder sino también la que se desarrolla desde los sectores subalternos.

Ahora estamos abocados al ciclo de los centenarios, pero qué significado tiene un centenario para el presente, ¿se trata de un retorno mitificado a los orígenes o de una oportunidad para discutir los orígenes?. En el Ecuador, por ejemplo, como tenemos un gobierno que está buscando una refundación de la nación, también está planteándose una reinención de los héroes patrios, de Bolívar, de Eloy Alfaro, etc. Regresar a la historia me parece interesante, ¿pero quiénes eran los próceres, qué buscaban, qué había detrás de los proyectos independentistas, qué lugar ocupaban los distintos sectores sociales dentro de esos proyectos? Yo sé que es algo que va contra la corriente, pero es importante si se quiere desmitificar la memoria, desmitificar los mitos de origen.

LP: Despatrimonializar... no sé. Tanto los poderes públicos como los operadores turísticos van a seguir utilizando a tope el patrimonio (da votos a unos y dinero a los otros). Entonces, yo pienso que más que despatrimonializar hay que conocer a fondo todos los mecanismos del patrimonio como constructo social y simbólico y todos los intereses, toda la dinámica que se produce a su alrededor. Estudiarlo, investigar a fondo, mucho, mucho más de lo que se ha hecho hasta ahora, porque es un poderoso instrumento para bien y para mal. Cada día se habla del patrimonio como de algo dado, como si se hablara de un árbol o de una puesta de sol y cada quien, concientemente o no, le añade sus énfasis. Por eso pienso que los científicos sociales deberíamos tener instrumentos teóricos y metodológicos mucho más poderosos para explicar su “naturaleza” y todo tipo de intervenciones patrimoniales y procesos de patrimonialización y prever sus cambios, porque no es ni mucho menos una realidad estática. Lamentablemente, no parece que la academia tenga demasiado interés en ello.

EK: Me pregunto en qué medida los espacios de debate están perdidos o están ganados. A mí me pareció interesante el debate respecto al Fórum de las Culturas de Barcelona. Me pareció interesante la discusión colectiva, sobre el juego de las culturas y no sé en qué medida es posible crear esos espacios de debate.

LP: No creo que se pueda generalizar. Mira, hace poco, el Gobierno autónomo de Cataluña, la Generalitat, ha presentado su Plan de Museos 2007-2010, con aspectos que están bien, como fomentar el trabajo en conjunto de redes territoriales de museos en zonas auto-referenciadas, sin que tengan porque coincidir con divisiones administrativas, partiendo de sinergias que ya existen y de otras que podrían existir, y con aspectos nefastos, como la creación de una especie de museo de sociedad donde pretenden reunir las débiles infraestructuras museísticas de etnología y de historia con la poderosa trama de arqueología para explicar conjuntamente el pueblo catalán, dejando fuera, además, una red de museos industriales que, en la práctica fagocita cualquier enclave que tenga relación con la técnica y lo reduce a una única dimensión: museos de máquinas sin alma, sin personas. He intentado oponerme a éste y otros aspectos que me parecían desafortunados pero sin ninguna posibilidad, no tanto porque la administración ya lo tiene decidido y para ellos es la forma de resolver graves problemas de gestión, sino porque por parte de historiadores y antropólogos no existe ningún interés al respecto. Sólo los arqueólogos (que serán hegemónicos) han protestado, curiosamente, pero se les ha acallado con un ambicioso plan de arqueología.

El caso de Barcelona, del que hemos estado hablando, es completamente distinto. Ahí opina todo el mundo y es tal el griterío que no hay forma de entenderse. Si finalmente se corrige algo será porque políticos y empresarios turísticos de la ciudad han llegado a la conclusión de que corren el riesgo de matar a la gallina de los huevos de oro, no por el debate ciudadano.

Respecto al Fórum de las Culturas, que tú has mencionado, se adoptó una postura en contra, de no participación, por parte del Institut Català d'Antropologia, que es la institución que más o menos nos representa a todos. Yo me mantuve fiel a esa posición colectiva de la profesión, pero pensé y sigo pensando que estratégicamente fue un error, muy propio de ciertos maximalismos antropológicos. Que debíamos haber participado y haber hecho escuchar nuestra voz desde dentro, que resonaran nuestras críticas y nuestras recomendaciones, que se escucharan nuestras razones. Con la actitud que se adoptó, devenimos mudos e invisibles. O sea que depende.

EK: Posiblemente los parámetros de discusión de estos temas están envejecidos mientras hay nuevas formas de percibir las cosas en términos culturales. Creo que la discusión sobre el patrimonio se enriquecería si se incorporara reflexiones que provienen de otros espacios, como la historia y la antropología o de lugares no tradicionales como los del arte contemporáneo.

LP: Ojalá. En el último congreso español de antropología, en Sevilla, en 2005, Agustín Santana y yo coordinamos un simposio sobre turismo y patrimonio. Para que se entendiera bien de que se trataba, lo titulamos "concepciones teóricas y modelos de aplicación". Pues bien, la mayoría de comunicaciones que recibimos eran de carácter empírico y descriptivo, sin avanzar un ápice respecto a lo que ya sabíamos. Pero, en fin, lo volveremos a intentar. [h](#)